

llama este hombre?... Usted, venga acá... ¡Ah!, ya me acuerdo. Señor Sagrario, haga el favor de despertar á mi tío.» Pero ni el tío despertaba ni D. José se hacía cargo de que le llamaban.

—Parece que me tienes miedo y que pides socorro—le dijo Maxi con fría bondad.—No te voy á comer. Estás equivocada si piensas que vengo de malas. Si no se trata ya de matarte ni de matar á nadie... Esa idea estúpida voló... por fortuna de todos.

Diciendo esto se sentó en la silla, y quitándose el sombrero lo puso sobre la cama. Fortunata le encontró más delgado; la calva parecía mayor, y sus miradas tenían cierto reposo que la tranquilizó.

—Aunque nadie me ha dicho una palabra—prosiguió Rubín,—sé todo lo que te ha pasado; lo he sabido por mi propia razón, y vengo á compadecerte y á hacerte un gran bien... Porque yo perdí la razón, bien lo sabes; pero luego la volví á adquirir. Dios me la quitó y me la volvió á dar tan completa, que en este momento estoy más cuerdo que tú y que toda la familia. No te asombres, hija, que bien conocerás por lo que voy á decirte que mi cabeza está buena, tan buena como nunca lo estuvo. Qué, ¿no lo crees?

Fortunata no sabía si creerlo ó no. Su miedo no se había extinguido, y esperaba que tras

aquellas palabras tranquilas, vinieran otras airadas y sin pies ni cabeza. No dijo nada, y siguió protegiendo á su hijo, en actitud de defenderle al primer ataque. Maxi no parecía reparar en el niño. Con gran serenidad habló así:

—Tan sano estoy de la cabeza, que me hago cargo de tu situación y de la mía. Ya entre tú y yo no puede haber nada. Nos casamos por debilidad tuya y equivocación mía. Yo te adoraba; tú á mí no. Matrimonio imposible. Tenía que venir el divorcio, y el divorcio ha venido. Yo me volví loco, y tú te emancipaste. Los disparates que habíamos hecho los enmendó la Naturaleza. Contra la Naturaleza no se puede protestar.

Miraba el bulto que en la cama hacía Juan Evaristo; pero como su ademán no tenía nada de hostil, Fortunata se iba sosegando.

—¡Ya sé lo que hay aquí! ¡Pobre niño! Dios no ha querido que sea mío. Si lo fuera, me querrias algo. Pero no lo es: todo el mundo lo sabe, y lo sé yo también... Divorcio consumado. Más vale así. Yo no debí casarme contigo. Bien lo pagué perdiendo la razón. ¿Qué debo hacer ahora que la he recobrado? Pues ver las cosas de muy alto, y acatar los hechos y observar las lecciones tremendas que da Dios á las criaturas... Antes me las dió á mí... ahora á ti. Prepárate. No vengo á hacerte daño, sino á anunciarte la buena nueva de la lección, porque estas pedra-

das que vienen de arriba, sanan, curan y fortalecen.

«Pero este hombre—se decía Fortunata,— ¿está cuerdo ó está más loco que antes? Buena jaqueca me está dando; pero como no pase de ahí, se le puede aguantar.»

Algo quiso decir ella en alta voz; pero él no la dejaba meter baza, y como si trajera un discurso preparado y no quisiera dejar de pronunciar ninguna de sus partes, pegó en seguida la hebra: «¿Te acuerdas de cuando yo estaba loco? Los ratos que te dí te los tenías bien merecidos, porque, en realidad, te portabas muy mal conmigo. Tu infidelidad se me había metido á mí en la cabeza; no tenía ningún dato en qué fundarme; pero el convencimiento de ella no lo podía echar de mí. No sé decir bien si soñé que ibas á ser madre, ó si me inspiraron esta idea los celos que tenía. Porque yo tenía unos celos ¡ay! que no me dejaban vivir. «Mi mujer me falta, decía yo, no tiene más remedio que faltarme; no puede ser de otra manera.» Y como por lo mucho que te quería, yo no encontraba á tu pecado más solución que la muerte, ahí tienes por qué me nació en la cabeza, lo mismo que nace el musgo en los troncos, aquella idea de la liberación, pretextos y triquiñuelas de la mente para justificar el asesinato y el suicidio. Era aquello un reflejo de las ideas comunes, el pensar general modificado y adulterado por mi

cerebro enfermo. ¡Ay, qué malo me puse! Te digo que cuando inventé aquel sistema filosófico tan ridículo, estaba en el período peorcito. No me quiero acordar. Los disparates que yo decía, los recuerdo como se recuerdan los de las novelas que uno ha leído de niño; y ahora me río de ellos, y calculo cuánto se reirían los demás. ¿Te acuerdas tú?»

Fortunata respondió que sí con la cabeza. No le quitaba los ojos, siguiendo atentamente sus movimientos por ver si se descomponía, y estar preparada á cualquier agresión.

«Después me atacó lo que yo llamo la *Mesianitis*... Era también una modificación cerebral de los celos. ¡El Mesías... tu hijo, el hijo de un padre que no era tu marido! Empezó por ocurrírseme que yo debía matarte á ti y á tu descendencia, y luego esta idea hervía y se descomponía como una sustancia puesta al fuego, y entre las espumas burbujeaba aquel absurdo del Mesías. Examínalo bien, y verás que todo era celos, celos fermentados y en putrefacción. ¡Ay, hija, qué malo es estar loco! Cuánto mejor es estar cuerdo, aunque uno, al recobrar el juicio, se encuentre apagado el hornillo de los afectos, toda la vida del corazón muerta y limitado á hacer una vida de lógica, fría y algo triste.»

Al oír esto, que Maxi expresó con cierta elocuencia, Fortunata volvió á inquietarse, y lla-

mó de nuevo á su tío, que seguía dando los ronquidos por respuesta. El mismo resultado tuvieron las voces de «Señor Sagrario, señor Sagrario... haga el favor de venir.» D. José se asomó á la puerta, echando á la pareja una mirada de maestro de escuela que inspecciona el aula en que estudian los alumnos, y vuelta á pasearse sin hacer caso de nada.

Rubín acercó más la silla, y Fortunata tuvo más miedo. «Pero todo aquello de la liberación y del Mesías voló. Los hechos reales sustituyeron á las figuraciones de mi cerebro... Dios me devolvió mi razón, y me la devolvió corregida y aumentada. Con ella vi los hechos; con ella descubrí lo que mi familia me ocultaba; con ella reconstruí mi ser, que habia pasado por tantos cataclismos; con ella me penetré bien de nuestro divorcio, y deseché dos y hasta tres veces la idea de homicidio; con ella pude llegar á considerarte mujer extraña, madre de hijos que yo no podía tener, y con ella me he revestido de serenidad y conformidad. ¿No te admiras de verme como me ves? Más te asombrarías si pudieras leer en mi pensamiento y comprender esta elevación con que yo miro todas las cosas, la calma con que te veo á ti, la indiferencia con que veo á tu hijo... ¡Un ser más en el mundo! Cuando él ha venido, sus razones tendrá. ¿Qué derecho tengo yo á estorbarle la vida? ¿Qué derecho á matarte á ti porque se la hayas

dado? Fijate bien: es muy grave eso de decir: «tal ó cual persona no debió nacer.»

«¡Dios mío!—exclamó para sí Fortunata.—¿Pero este hombre está cuerdo, ó cómo está? ¿Eso que dice es razón, ó los mayores disparates que en mi vida le he oído?...»

—Yo pregunto—añadió Maxi acercándose más:—El derecho á nacer, ¿no es el más sagrado de todos los derechos? ¿Quién me mete á mí á poner estorbo á ningún nacimiento? Estaría gracioso... Nazcan y vivan, que viviendo aprenderán.

«Nada, para mí está peor que antes—pensaba la esposa,—y esto que dice podrá ser cuerdo, pero yo no entiendo palotada.»

—Parece que me tienes miedo—le dijo él siempre serio y tranquilo.—No sé por qué. Ya habrás visto que á razonable no me gana nadie.

—Sí, es verdad; pero...

—¿Pero qué?...

Tú dirás que gato escaldado del agua fría huye (sonriéndose ligeramente, por primera vez en aquella conferencia). Otra cosa: enséñame á tu hijo.

Fortunata volvió á sentir terror, y al ver que Maxi alargaba las manos hacia donde estaba el pequeñuelo, las apartó con las suyas, diciendo:

—Otro día le verás... Déjale... está dormido y me le vas á despertar.

—¡Pero qué maniática eres!... Yo creí que

después de haberme oído, te convencerías de que mi razón está como un reloj y de que además me ha entrado un gran talento. ¿Qué has visto en mí que te parezca sospechoso? Nada absolutamente. Mis sentimientos son de paz; la última idea mala la tuve hace días, pero la arranqué y estoy limpio de ira y de odio. Y para decirlo todo en una palabra: Fortunata, soy un santo. No es esto jactancia; es la verdad... ¿Crees que voy á hacer daño á tu hijo? ¡Hacer daño á una criatura! Eso no cabe en lo humano. Déjamele ver, y te diré algo que te aprovechará.

Fortunata, al fin, sospechando que la contrariedad podía irritarle, permitióle ver al nene sin acercarse mucho, y protegiéndole con sus manos. No dijo nada mientras le miraba. Después volvió á su asiento y estuvo un rato con la mirada perdida entre los ramos de la colcha, ligeramente fruncido el ceño.

—Se parece á tu verdugo. Lo malo no perece nunca. La maldad engendra, y los buenos se aniquilan en la esterilidad.

IV

—Tío, por Dios, tío, despierte usted—volvió á decir Fortunata gritando; y como asomase á la puerta la flácida y carunculosa efigie de Ido

del Sagrario, la joven le dijo:—¿Pero qué hace usted que no despierta á mi tío?... ¡Qué sola me tienen aquí! ¡Y esa chiquilla que no viene!

Ido refunfuñó algo que Fortunata no pudo entender. Mirando al profesor con lástima, Maxi dijo á su esposa: «Este buen señor está tocado. Me da mucha lástima, porque sé lo que es andar mal de la cabeza. Si él quisiera seguir mi plan, yo me comprometía á ponerle como nuevo.»

Y en alta voz, viendo al desgraciado Ido llegar otra vez hasta la puerta de la alcoba y mirar hacia dentro con ojos de estúpido: «Señor D. José, serénese y aprenda á ver la vida como es... Es tontería creer que las cosas son como nos las imaginamos y no como á ellas les da la gana de ser. Al amor no se le dictan leyes. Si la mujer falta, divorcio al canto, y dejar que obre la lógica, pues ella castiga sin palo ni piedra.»

Y Fortunata se persignaba llena de admiración, diciéndose: «¿Pero será verdad, Dios mío, que á mi marido le ha entrado un gran talento, ó estas cosas que dice son farsa para tapar una mala idea? ¿Qué haré yo para que se marche pronto? Porque á lo mejor me sale por mala-gueñas, y me da el gran susto.»

—¡Se parece á tu enemigo!—repitió Maxi, volviendo á la idea que le había excitado ligeramente.—Es una desgracia para él. Y si en lo moral saca la casta, peor que peor. El niño ino-

cente no es responsable de las culpas del padre, pero hereda las malas mañas. ¡Pobre niño! Tengo lástima de él. Si se te muere debes alegrarte, porque si vive te dará muchos disgustos.

A Fortunata le indignó esta idea; pero no se atrevió á contradecirla. Que dijera todo lo que quisiese. Su plan era no contestarle nada, á ver si se aburría y se marchaba pronto.

—Tiene á quien salir—añadió Maxi con lúgubre ironía.—Su papá es de oro... No necesito decirme que no te hace caso... Harto lo sé. Ni siquiera habrá venido á verte... También me lo figuro. No vendrá; ten por cierto que no vendrá.

—¡Quién sabe!...—se dejó decir la joven, sintiendo que se le apretaba la garganta.

—Te repito que no vendrá... Tengo mis razones para asegurarlo.

—Claro... ¡qué ha de venir!... Ni falta.

—Dices bien; ni falta. Gracias que te oigo una expresión filosófica. Ese hombre tiene ahora otros entretenimientos.

Fortunata sintió que toda la sangre se le subía al rostro, y se puso muy sofocada. Rubín estiró el codo sobre el lecho, apoyándose en él con actitud perezosa, semejante á la que tomaba en la botica cuando leía.

—Es preciso que lo sepas pronto. Todo lo que tardes en saberlo, tardas en regenerarte.

La *Pitusa* tenía mucho calor, y cogiendo un

abanico que junto á la almohada tenía, empezó á abanicarse.

—Es preciso que lo sepas—volvió á decir Maxi con cierta frialdad implacable propia del hombre acostumbrado al asesinato.—Tu verdugo no se acuerda ya de ti para nada, y ahora tiene amores con otra mujer.

—¡Con otra mujer!—dijo ella, repitiendo la frase como una muletilla, á la cual no se saca sentido. Sus miradas vagaban por los dibujos de la colcha.

—Sí, con otra mujer á quien tú conoces.

El asesino le iba soltando á la victima las palabras en dosis pequeñas, y la miraba observando el efecto que le causaban. Fortunata quiso sobreponerse á aquel suplicio, y sacudiendo la despeinada cabeza, como para alejar y espantar una convicción que quería penetrar en ella, le dijo: «¿Qué historias me vienes á contar ahí?... Déjame en paz.»

—Esto que te cuento no es un enredo; es verdad. Ese hombre está enamorado de otra mujer, y tú la conoces. Aprende, pues. Ahí tienes la maravillosa arma de la lógica humana, con la cual te hiero para sanarte. Más vale morir aprendiendo que vivir ignorando. Esta lección terrible puede llevarte hasta la santidad, que es el estado en que yo me encuentro. ¿Y quién me ha traído á mí á este bendito estado? Pues una lección, una simple lec-

ción. Mira, Fortunata: bendito sea el cuchillo que sana.

—Falta que sea verdad lo que cuentas—dijo la víctima defendiéndose.

—Tú podrás creerlo ó no creerlo, como un enfermo puede tomar ó no la medicina que el médico le da. Porque esto es la medicina de tu conciencia. ¿Quieres otra? ¿Quieres el nombre de la que te ha robado lo que tú robaste? Pues te lo voy á decir.

Fortunata sintió como un desvanecimiento, y al incorporarse se le iba la cabeza, y la habitación daba vueltas en torno suyo. Llevándose la mano á los ojos, dijo á su marido:

—Me lo tienes que decir.

—Es una amiga tuya.

—¡Amiga mía!

—Sí, y su nombre empieza con A.

—¡Aurora, Aurora es!—exclamó la joven dando un salto en su lecho y mirando á su marido como miran las personas de honor que han recibido una bofetada.

—Ella es.

—Hace tiempo que el corazón me decía algo de esto, pero muy bajito, y yo no lo quería creer.

—Estoy tan seguro de lo que afirmo, que no puede ser más.

—Tú me engañas, tú me engañas—replicó la joven en actitud de Dolorosa.—Tú me quieres

matar, y en vez de pegarme un tiro, me vienes con esta historia.

—Si lo tomas como golpe de muerte, tómalo—manifestó Rubín con implacable frialdad.

—¡Aurora... Aurora!... ¡Dios mío, qué idea tan perra!... (agitándose extraordinariamente). Pero no puede ser. Este hombre está loco y no sabe lo que se dice.

—¿Que estoy loco?... (Imperturbable.) Bueno, defiéndete con eso. Pero tú caerás, tú te convencerás. No tienes escape. La verdad se impone. Ahí tienes un tiro que no yerra nunca. ¿Quieres más señas? Cuando Aurora sale de su obrador, él la espera en la calle de Santo Tomás y van juntos hacia el Ave María. Los domingos Aurora dice en su casa que va al obrador, y adonde va es á...

—Cállate; te digo que te calles—gritó Fortunata retorciéndose los brazos.—Eres un mentiroso, un calumniador.

—¿Pues qué querías tú?... (Con sonrisa glacial.) Hija, es preciso estar á las agrias y á las maduras. ¿Qué querías? ¿Herir y que no te hirieran? ¿Matar y que no te mataran? El mundo es así. Hoy tiras tú la estocada, y mañana eres tú quien la recibe... ¿Dudas todavía?

La víctima no dijo nada. No dudaba, no; lo denunciado por aquel hombre, que á veces parecía demente, á veces no, revestía las apariencias de un hecho cierto. Algo tenía la infeliz jo-

ven en su cabeza que se lo confirmaba, inundándola de luz. Recordó frases y actos, ató cabos, y... Nada, que era verdad, como hay Dios. El infeliz chico estaría todo lo enfermo que se quisiera suponer; pero lo que decía verdad era.

—¿Lo dudas todavía?— volvió á preguntar él.

—No sé, no sé... ¿Y si te has equivocado?... (Con extremada inquietud y ráfagas de ira.) No sé qué pensar... Maxi, Maxi, si me hubieras dado un tiro, me habrías matado menos. Te juro que si es verdad, esa mujer, esa hipócrita, esa sinvergüenza que me vendía amistad, no se ha de reir de mí. Te juro que le pateo el alma más pronto que lo digo (revolvándose en el lecho). Esto no puede quedar así. La mato, le saco los ojos, le arranco el corazón... Que me traigan mi ropa. Tío, chiquilla; quiero levantarme. ¡Pero qué abandonada me tienen!

—Comprendo que te dé tan fuerte. Así me dió á mí, pero luego me he vuelto estoico. Aprende de mí. ¿No ves qué sereno estoy? He pasado por todas las crisis de la ira, de la rabia y de la locura...

—Porque tú no eres un hombre (interrumpiéndole).

—Es que las lecciones me han valido.

—Bueno, porque eres un santo... Yo no soy santa, ni quiero.

—¿Y por qué no habías de serlo tú también? (Tomándole las manos y tratando de contener

con suavidad sus movimientos de ira.) ¿Por qué no habías de aspirar al estado en que yo me encuentro? A él he llegado pasando por la rabia, por la locura... Ahora mismo; no hace mucho, cuando vi á ese diablo de hombre cometiendo una nueva infamia, sentí otra vez la debilidad de espíritu que creía vencida... me entraron ganas de pegarle un tiro, por librar á la humanidad de semejante monstruo... Pero después he sabido vencerme, y he dicho: Mejor castiga una consecuencia lógica que un puñal.

—¿Quiere decirse que le viste con ella y te quedaste tan fresco!—gritó la joven, furibunda, echando llamaradas de los ojos.

—No me quedé fresco... Me alboroté mucho; pero después vino la reflexión. Lo que importa, me dije, no es que él muera, sino que ella aprenda. Y tú has aprendido.

—¿Pues si yo les llego á ver...!

—Si les llegas á ver, acuérdate de mí. Hazte santa como yo... Les miras y pasas...

—Tú no eres hombre... Tú no eres nada—exclamó la joven con desprecio.—A ella, á esa bribona es á quien yo quisiera arreglar. Si la cojo, no lo cuenta. ¡Infame, arrastrada, indecente, engañarme así!

—Tú mira bien si tienes derecho á tratarla de ese modo.

—¿Pues no he de tener! (ofuscándose por completo y sin reparar en lo que decía). Me ha

quitado lo mío. Yo seré mala; pero ella lo es más, mucho más.

—Comprendo tu exaltación. Yo, que no tenía otro móvil que la justicia, cuando les vi, cuando me persuadí de que pecaban, cree que si tengo un revólver, les suelto los seis tiros por la espalda.

—Bien, bien—dijo la esposa con ferocidad.—¿Por qué no lo hiciste? Eres un tonto... Aunque después me hubieras matado á mi también. Tienes derecho á hacerlo.

—Les vi entrar en aquella casa...

Fortunata abrió los ojos con espanto.

—Les esperé para verles salir. Calle tal, número tantos. Me escondí en un portal. ¡Oh!, la suerte de ellos fué que no llevaba revólver...

—Yo te lo compraré... Hoy mismo, ahora mismo (agitándose en el lecho, cogiendo á su hijo, volviéndole á dejar, descubriéndose el pecho, tapándose y sin saber qué hacer).

—¡Matar!... ¿Lección á ella? ¿Y la tuya?

—¿La mía, la mía? Ya la tengo, majadero. ¿Todavía quieres más lección? A esa traicionera sí que se la voy yo á dar, y gorda.

—Irás á presidio si matas.

—Pues iré contenta.

—¿Y tu hijito?

Al oír esto Fortunata tuvo un retroceso en su salvaje idea, y cogiendo al chiquillo, que empezaba á rezongar, se lo llevó al seno.

La madre lloraba, el chico también, y el gran Ido apareció otra vez en la puerta sin decir nada, contemplando á marido y mujer con miradas semejantes á las de las estatuas de yeso ó mármol, pues parecía no tener niñas en los ojos. Gracias que la entrada de Segunda puso término á la situación, y lo mismo fué ver á Rubín que volarse, soltando por aquella boca sapos y culebras y echando la culpa de todo á su hermano y al tagarote inútil de D. José Ido, el cual, viéndose insultado, á su parecer tan sin motivo, hacía contracciones casi inverosímiles con los músculos de la cara, juntando un ojo con la boca y encaramando el otro hasta la raíz del pelo. «Yo no sé lo que es—decía,—yo no sé lo que es; pero hoy no tengo la cabeza buena... Y conste que si entró fué porque quiso, que yo no le mandé entrar... y si la mata, sus razones tendrá, naturalmente... ¡Vaya con la señora ésta, qué genio gasta y cómo me trata! ¿No sabe quién soy? Pues soy Josef... el Idumeo... profesor en partos... intelectuales.»

V

—Cállese usted, so *guillati*—chillaba Segunda, que por los movimientos amenazadores que hizo parecía dispuesta á desbaratar con un par de bofetadas la frágil persona del *profesor idu-*

meo.—La culpa la tiene este morral que está aquí durmiéndola.

Obra de romanos fué el despertar á *Platón*; por fin su hermana le tiró de una pata, mientras Encarnación tiraba de la otra, y el corpa-chón del *modelo*, resbalando sobre el sofá, se desplomó con estruendo sobre el piso. Un rato estuvo estirándose, refregándose los ojos con las manazas y escupiendo más *hostias* que palabras. «¿Ónde está el judío ladrón que ha entrado sin mi permiso? ¡hostia! que le parto por la metá.» El lenguaje de Segunda no desmerecía del de su hermano por la finura ni por lo escogido de las voces, lo que desagradaba extraordinariamente á Ido. Maxi salió á la salita, y José Izquierdo se le cuadró, ladrándole así: «¡Ah!, era usted. Ora mismo á la calle... brrr... ¡Y que tengo yo un genio mu blando!... Pues si le llevo á ver antes ¡hostia! me caso con la santísima... si le llevo á ver antes, por el judío balcón ¡hostia! va solutamente á la calle.»

Sin demostrar temor alguno, Maximiliano sonreía. Se armó tal zaragata, que tuvo que intervenir Ido con frases de concordia, y Segunda manoteaba, echando la culpa al calzonazos de su hermano, y éste increpaba á Encarnación, y la chiquilla daba de rechazo contra Maxi; y fué tal el vocerío que hubo de presentarse en la puerta, que estaba abierta, Estupiñá, y penetró en la casa con ademanos policíacos,

mandando callar á todo el mundo y amenazando con traer una pareja. «Ya decía yo que en este cuarto no habría paz, y como sigan así, pronto los planto á todos en la calle.» Se fué refunfunando, y al anochecer, cuando ya Ido y Maxi se habían marchado y los hermanos Izquierdo estaban comiendo, volvió á subir, con bastón de mando, y dijo despóticamente: «Orden, orden, y el primero que meta ruido, va á la cárcel.»

—Pues qué, D. Plácido, ¿va á venir el Viático?

—Poco menos—replicó el hablador entrando sin pedir permiso y dirigiéndose á la alcoba.—Que va á venir el ama, la señora casera. Mucho orden, señores, mucha formalidad.

Lo mismo fué oír *Platón* que la señora de Pacheco venía, que el temor de verla le intranquilizó y no tuvo ya sosiego. A trangullones despachó la comida, apresurándose á largarse á la calle. Tal era su miedo de que la señora le viese, que bajó la escalera á escape; y se le erizaba el cabello pensando en que si Guillermina subía cuando él bajaba, no tendría dónde meterse para evitar su encuentro.

Desde la entrevista con su marido, Fortunata se puso tan inquieta, que Segunda tuvo que enfadarse para impedir que se levantara, pues quería hacerlo á todo trance. El chiquitín debía de encontrar novedad en lo tocante á provisiones de boca, porque estaba mal humorado, como si quisiera también echarse á la calle en son de

pronunciamiento. El aviso de la visita de la santa calmó bastante á la madre; pero no al hijo, que no entendía aún ni jota de santidades. Presentóse la dama á las nueve, acompañada de Estupiñá; y después de saludar á Segunda como si fuera ésta la señora más encopetada, pasó, y antes de decir nada á la que fué su amiga, examinó bien á Juan Evaristo Segismundo. Segunda acercaba una vela para que la dama pudiera ver bien las facciones del niño, quien no parecía entusiasmado, ni mucho menos, con inspección tan impertinente ni con la viveza de la luz, tan próxima á sus ojitos.

—¡Qué mal genio tiene!—dijo la santa sentándose junto al lecho, mientras Fortunata agasajaba á su hijo, y metiéndole el pecho en la boca, trataba de aplacarle. Fué Guillermina muy parca en saludos y demostraciones de afecto, y luego, cuando se quedaron solas la señora de Rubín y la santa, ésta no dijo nada de religión, ni mentó la virtud, ni el pecado, ni cosa alguna concerniente al orden moral. Habló de si la joven madre tenía ó no mucha leche, y de si sentía ésta ó la otra molestia, con otras cosas pertinentes al estado en que se hallaba. Fortunata notó en la cara apacible de la fundadora cierta severidad estudiada, y para romper aquel hielo dijo lo siguiente, cuya oportunidad podría dudarse: «Este sí que es el *Pituso* legítimo, el de la propia tía Javiera, ¿verdad, señora? ¡Ah! ¿no

sabe? En cuanto mi tío José oyó decir que usted venía, salió de carrera como alma que lleva el diablo.»

—Por el miedo que me tiene. Buena nos la dió... Déjele usted estar, que como yo le coja á mano le he de decir cuatro cosas.

Y cuando la madre puso al niño á su lado, ya harto y dormido, Guillermina le volvió á mirar atentamente, observando sus facciones como el numismático observa el borroso perfil y las inscripciones de una moneda antigua para averiguar si es auténtica ó falsificada. Después dió un suspiro, y guiñando los ojos para mirar á Fortunata, se expresó así: «¡Buena la hemos hecho, buena!...»

Y ambas estuvieron calladas un rato, mirándose.

—Señora—dijo de improviso la parida, como queriendo romper un secreto que abrumba:—Yo tengo que pedir á usted perdón...

—¡A mí! ¿Perdón... de qué?

—De las burradas que hice, de las atrocidades que dije aquella mañana en su casa de usted. También á ella le pediría perdón si la viera... Me porté mal, lo conozco. Yo no guardo rencor á nadie... Digo, no se lo guardo á ella, porque... ¡ay, señora; usted no sabe lo que pasa, usted no sabe que á las dos nos está engañando!... Y sé quién es la que nos le entretiene: una culebra, una hipocritona, que me vendía amistad...

Esto no quedará así, señora; no quedará así...

—No me traiga usted á mí cuentos, que no me dan frío ni calor (con reprensión graciosa). Ahora lo que le conviene es tranquilidad, que tiempo hay de ajustar cuentas atrasadas...

Y volvió á mirar al chico, recreándose silenciosamente en su hermosura y lozanía. Fortunata le bebía á ella las miradas, jactándose de adivinarle el pensamiento, el cual bien podía ser éste: «¡Si Jacinta le viera...!» ¿Pero cómo le había de ver? Esto sí que era imposible. «Por mí—pensaba la *Pitusa*—no habría inconveniente... ¡Pero cuánto sufrirá la pobrecilla si le ve! Y puede que se le antoje... Sí, para ella estaba... Amiga mía, tenerlos, tenerlos... Ésta le irá contando cómo es; le dirá: «tiene la boca así, los ojos asado, y en esto se parece á su padre y en lo otro á su madre. Criatura más perfecta no ha echado Dios al mundo.»

—Cuando usted esté buena, hablaremos—inició la santa con ánimo ya de retirarse.—Yo tengo una idea... No es usted sola quien tiene ideas; sólo que las mías no son malas, al menos no las tengo yo por tales. Y para concluir por hoy, ¿necesita usted algo? Si no puede criar, no se apure: le pondremos un ama á este caballero, que me parece no habría de hacerle ascos. Es preciso criarle bien.

—Yo puedo, yo puedo... ¡vaya!—replicó la otra contrariada.—¿Qué cree usted? Soy muy

fuerte. Mi hijo no le cria nadie más que yo.

—Pues alimentarse bien (recobrando su tono dulcemente autoritario). Y cuidado con hacerme disparates. Obedecer al médico... Nada de arrebatos de ira, ni devaneos. ¡Ah!, yo dudo mucho que usted sirva...

Y sintiendo uno de aquellos arranques de inspiración que la embellecían y sublimaban, le dijo esto, ya en pie para marcharse:

—Porqué ha de saber usted que Dios me ha hecho tutora de este hijo... Sí, buena moza, no se espante ni me ponga esos ojazos. Su madre es usted, pero yo tengo sobre él una parte de autoridad. Dios me la ha dado. Si su madre le faltara, yo me encargo de darle otra, y también abuela. Hijo mío, has venido al mundo con bendición, porque suceda lo que suceda, no estarás nunca solo. Déjeme usted que le vea otra vez. No me hartó de mirarle. Quiero llevármelo metido dentro de mis ojos. ¡Virgen del Carmen, qué lindísimo es!... Tiene á quien salir. Adiós, adiós.

Salió acompañada de Estupiñá, diciendo al modo de rezo: «Acatemos la voluntad de Dios... Él sabrá para qué ha mandado acá este angelote. Jacinta, furiosa, dice que Dios está chocho y que no hace más que disparates... Pobrecilla... ¡Qué limitada inteligencia la nuestra! No comprendemos nada, pero nada de lo que Él hace, y nos devanamos los sesos por adivinar el senti-

do de ciertas cosas que pasan, y mientras más vueltas les damos menos las entendemos. Por eso yo corto por lo sano, y todas mis *matemáticas* se reducen á decir: «Cúmplase la voluntad del Señor.»

Fortunata soñó aquella noche que entraban Aurora, Guillermina y Jacinta armadas de puñales y con caretas negras, y amenazándola con darle muerte, le quitaban á su hijo. Después era Aurora sola la que cometía el nefando crimen, penetrando de puntillas en la alcoba, dándole á oler un maldecido pañuelo empapado en menjurje de la botica, y dejándola como dormida, sin movimiento, pero con aptitud de apreciar lo que pasaba. Aurora cogía al chiquillo y se lo llevaba, sin que su madre pudiera impedirlo, ni siquiera gritar. Despertó acongojadísima. Se sentía mal, propensa á desvarios de la mente en cuanto se aletargaba, y con muchísima sed. Ésta llegó á ser tan fuerte, que no pudiendo despertar á su tía dando con los nudillos en el tabique, tuvo al fin que levantarse en busca de agua. Al volverse á acostar sintió bastante frío, y con estas alternativas de frío y calor estuvo hasta la mañana.

VI

Ballester fué temprano, y á ella le faltó tiempo para hablarle de la visita de Maxi y de la historia que éste le había llevado. Mucho se incomodó el regente al enterarse de esto, y con desusada seriedad y calor hubo de negar lo que su amigo contara de *la Samaniega*.

«Mire, compañero—dijo ella:—mientras más se amontone usted para negarlo, más creo yo en ello. Usted no habla nunca así; y cuando se pone serio, no dice más que mentiras. Lo que quiere es que yo me serene. Se lo agradezco; pero no puede ser. Y lo que es esa francesilla asquerosa no se ríe de mí.»

Agotó el buen amigo toda su lógica para arrancarle aquella idea, sin adelantar nada. «Y por fin—dijo tomando el tono festivo y maleante que empleara con Maxi en otra ocasión,—¿para qué hacemos caso de lo que diga ese desventurado?... ¡Ay, qué románticas y qué súptitas... *semos!* Mi amigo Rubín, con esas apariencias que ahora tiene de hombre de seso, está más *tocati* que nunca. Todo lo dice al revés, y el otro día me sostenía que *doña Desdemona* es una mujer hermosa. Me parece que si seguimos por ese camino, tendré que traerme acá la vara...»

No afectaron á Fortunata estas bromas. Ob-

servábala él con atención seria, notando que una idea muy siniestra y tenaz la dominaba, y que no era fácil quitársela de la cabeza. Temió que aquel estado de ánimo influyese desfavorablemente en su salud, y para prevenirlo metióle miedo. «Me ha dicho Quevedo que en estos dias hay que tener mucho cuidado con usted, y que no le permitirá levantarse hasta la semana que viene. Cualquier disparate que usted hiciera podría sernos fatal. Conque, hija mía (tomándole las manos), muchísimo cuidado. No le digo que lo haga por mí. ¿Qué caso hace usted de este pobre boticario? Ninguno, y con razón, porque yo para usted no soy nadie... Hágalo por mi amigo Juan Evaristo, á quien quiero ya como si fuera hijo mío, sí, sépalo usted, y me constituyo en su tutor; hágalo por él, y *tutti contenti.*»

Parecía convencida, y Ballester se fué con la impresión de haber triunfado. Tranquila estuvo toda la mañana; pero á eso del mediodía, al despertar de un sueño breve, se sintió tan vivamente acometida de ganas de salir á la calle, que no pudo sobreponerse á este ciego impulso. Levantóse, con gran sorpresa de Encarnación, única persona que en la casa estaba; se peinó á la ligera y se puso su falda de merino oscuro, pañuelo de crespón negro, otro de color á la cabeza, mitones colorados, sus botas de caña clara, y... Pero antes de salir dedicó un gran rato á su

hijo, que habiendo despertado cuando la mamá se vestía, parecía declarar con sus chillidos que le cargaba la salidita. Le convenció ella dándole todo lo que quiso ó lo que había, y el angelito se quedó dormido en su cuna de mimbres. «Mira—dijo á Encarnación su ama:—yo voy á salir. No estaré fuera sino poco tiempo, porque tomaré un coche y haré la diligencia en media hora. Tú no te separas de aquí, y si despierta el niño, le arrullas y le meces, diciéndole que yo vendré en seguidita... Cuidado cómo te separas de él. Oye: mientras yo esté fuera, no abres á nadie... Mejor será otra cosa: yo cierro dando las dos vueltas y me llevo la llave. Si viene Segunda, que espere en la escalera.» Dió muchos besos á su hijo, de quien por primera vez en aquella ocasión se separaba, y salió, cerrando la puerta y llevándose la llave. «No sea cosa que alguien venga y... No, no me le quitarán; pero se han dado casos. Este ángel mío, veo que tiene muchos golosos. Y sobre todo, esa envidiosona de Jacinta es la que más miedo me da. De la pelusa que tiene le van á salir más canas, y se va á poner como un alambre de flaca. ¿Pero qué remedio tiene si no conformarse... Bastante he penado yo... que pene ahora ella. ¡Ah!, siento pasos. Francamente, no quisiera que me viera nadie, porque empezarán á decir si salgo ó no salgo, y no me gustan *refirencias*. Me parece que es D. Plácido el que sube. Me aguardaré un